

## **Are we there yet?**

Reflection for the 5th Sunday of Easter - May 10, 2020 - Mother's Day  
by Deborah Nimmons

We've lived seven weeks under the Stay Home/Stay Healthy mandate. More than likely we all know where home is right now, and if you live with other people, you probably know their every tick, habit, and character trait. The other day I responded, "oh?" to something our daughter, Memphis, said, and the dog echoed me, saying, "er?" Perhaps by the time quarantine is over the dog will have advanced to short sentences or I will have begun to understand his barks. When you spend a lot of time with someone you can get to know them at a deeper level.

If you live alone right now, you may be using social media or group meeting apps to talk with the people who are "home" to you. We do this at St. Mary's through Saturday and Sunday prayer meetings because we are church family and miss each other and our parish home.

Those who have no house have become more vulnerable during the pandemic, and those whose houses are not safe places have lost their escape from trouble. Home for these may be friends whom they cannot visit or safe public places that are closed.

Today's gospel is about home, a safe, loving home. Jesus tells the apostles he is going home and that he will prepare a place there for us. He reassures us that he will come back to take us there.

If you are old enough to have moved away from your childhood home, you may know the feeling of coming home. Take a moment right now to sit with those memories. If your childhood home is not a safe place for you, picture a place or a time that is. Seriously, take time to reflect on going home to whatever safe, loving place you think of as home.

For me, I walk through the door and feel as much as smell that freshly cleaned house smell. My mother has taken the time to get everything prepared for me: fresh sheets on the bed, favorite snacks in the pantry, a pitcher of iced tea, a fresh baked goodie, a warm smile, an "Oh, it is *so* good

to see you,” and a big hug. Maybe there’s a meal ready to serve and plates on the table. I take my suitcase to my old room and look around to see if the special things from childhood are still where they used to be: stuffed animals, a piggy bank, books, photographs, the antique lamp I’ve read many books by.

What do you see, hear, smell, feel, touch when you think of going home?

Today’s gospel also makes me think of the “firsts” in parent-child separation: the first day of preschool, the first sleepover away from home. The child worries, cries, and grips the parent’s leg like industrial adhesive. The parent reassures the child that they will pick her up later and take her home; then pries the child loose and... this is the hard, but essential part... walks away.

When Thomas and Philip question Jesus, I hear their anxiety about Jesus’ leaving. They are clinging to Jesus like a child who isn’t sure about separation. Jesus reminds them that they’ve lived with him a long time and know him. They know he won’t abandon them. They know he loves them. They know he will come back for them, because he said he would. The child who loves and relies on the parent doesn’t want to be without the parent; neither does the parent want to be without the child.

When a parent drops a child off at school for the first time s/he feels the weight of walking away as if her shoes were being sucked into mud. When s/he is alone, s/he weeps. But s/he she walks away because children must learn to be who they were created to be, and someday to be the ones who walk away. (Proverbs 22:6.) If nobody leaves, there is no homecoming.

Today Jesus tells us we have work to do. He has shown us how to live, and he leaves us to it. He has gone to prepare a place for you and me in his house. The table is set. The stories flow. His arms are open. And when our work is done, he will come to lead us home.

**¿Ya casi?**

**Reflexión para el 5º domingo de Pascua - 10 de mayo de 2020 - Día de las Madres  
por Deborah Nimmons**

Hemos vivido siete semanas bajo la orden de Mántengase en casa/Mántengase sano. Es muy probable, si uno vive con otras personas, que uno conozca todas sus costumbres, tics y rasgos de carácter. El otro día respondí, "¿oh?" a algo que dijo nuestra hija, Memphis, y el perro se hizo eco de mí, diciendo: "¿er?" Quizás para cuando termine la cuarentena, el perro habrá aprendido a decir frases cortas o yo habré comenzado a entender sus ladridos. Cuando uno pasa mucho tiempo con alguien, puede uno llegar a conocerlo a un nivel más profundo.

Si usted vive solo en este momento, puede estar utilizando las redes sociales o las aplicaciones de reuniones grupales para hablar con las personas que usted considera familia. Hacemos esto en las reuniones de oración de Santa María los sábados y domingos porque somos la familia de la iglesia y nos extrañamos unos a otros y a nuestra iglesia.

Los que no tienen casa se han vuelto más vulnerables durante la pandemia, y aquellos cuyas casas no son lugares seguros han perdido el escape de sus problemas. El hogar para estos puede ser la casa de amigos a quienes no pueden visitar o lugares públicos seguros que están cerrados.

El evangelio de hoy es sobre el hogar, un hogar seguro y amoroso. Jesús les dice a los apóstoles que se va a casa y que preparará un lugar allí para nosotros. Nos asegura que volverá para llevarnos allá.

Si usted tiene la edad suficiente para haberse vivido fuera de la casa donde creció, es posible que conozca la sensación de volver a casa. Tómese un momento ahora mismo para repasar esos recuerdos. Si el hogar de su infancia no es un lugar seguro para usted recordarlo, imagínese un lugar o un momento que sí lo es. En serio, tómese el tiempo para reflexionar sobre el regreso a su cualquier lugar seguro y amoroso que usted considere como su hogar.

Para mí, este recuerdo me lleva a cruzar la puerta y disfrutar el olor de la casa recién limpia. Mi madre se ha tomado el tiempo para preparar todo para mí: sábanas frescas en la cama, bocadillos favoritos en la despensa, una jarra de té helado, una golosina recién hecha, una sonrisa cálida, un "Oh, es tan bueno verte de nuevo!" y un fuerte abrazo. Tal vez hay una comida lista y platos en la mesa. Llevo mi maleta a mi antigua habitación y miro a mi alrededor para ver si las cosas especiales de la infancia todavía están donde solían estar: animales de peluche, una alcancía, libros, fotografías, la lámpara antigua bajo la que he leído tantos libros.

¿Qué usted ve, oye, huele, siente, toca cuando piensa en el regreso a casa?

El evangelio de hoy también me hace pensar en las "primeras veces" en que los padres y los hijos se separan: el primer día de escuela, la primera piyamada fuera de casa. El niño se preocupa, llora y agarra la pierna del padre o la madre con fuerza. El padre le asegura al niño que la recogerán más tarde y la llevarán a casa; luego suelta al niño y ... esta es la parte difícil, pero esencial ... se aleja.

Cuando Tomás y Felipe le preguntan a Jesús, escucho su ansiedad por la partida de Jesús. Se aferran a Jesús como un niño que no se siente seguro por la separación. Jesús les recuerda que han vivido con él mucho tiempo y lo conocen. Saben que no los abandonará. Saben que los ama. Saben que volverá por ellos, porque dijo que lo haría. El niño que ama y depende de los padres no quiere estar sin ellos; el padre tampoco quiere estar sin el niño.

Cuando un padre deja a un niño en la escuela por primera vez, siente el peso de alejarse como si sus zapatos estuvieran siendo succionados por el barro. Cuando está solo, llora. Pero él / ella se aleja porque los niños deben aprender a ser lo que fueron creados para ser, y algún día serán ellos los que se alejen. (Proverbios 22: 6.) Si nadie se va de casa, no hay regreso a casa.

Hoy Jesús nos dice que tenemos trabajo por hacer. Nos ha enseñado a vivir y se aleja. Se ha ido a preparar un lugar para ti y para mí en su casa. La mesa está puesta. Las historias fluyen. Sus brazos están abiertos. Y cuando termine nuestro trabajo, vendrá para llevarnos a casa.